

PiNOCHO

AÑO VII
NUM. 328

25 cts

31. MAYO
1931



-- ¡ESTAS AVES PERTENECEN A LA FAMILIA DE LAS GALLINACEAS!
-- ¡QUE TE CREES TÚ ESO! ¡A QUIÉN PERTENECEN, ES A MÍ!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

Después, sin decir nada, fué a sentarse en una poltrona, donde se

arrellanó, cubriéndose casi por entero con un manto.

—¡Qué repulsiva criatura!—exclamó Mary.

—Una verdadera salvaje, miss. Pero no perdamos tiempo, y a la defensa. Antes permitidme que os presente a los hermanos Harris y Jorge Limpton, dos cazadores de la pradera a quienes vuestro padre os recomienda. ¡Y ahora a defendernos, que ya me parece oír el grito de guerra de los indios de *Caldera Negra*!

—¡Una palabra, John!—dijo Devandel—. ¿Y el ganado que pasta en la orilla del río?

—Dejadlo perder. Es mucho dinero que se va; pero hay que conformarse.

El joven Devandel estrechó efusivamente la mano de los dos cazadores.

En aquel momento resonaron fuera algunas descargas, a las cuales siguieron los gritos de:

—¡A las armas! ¡A las armas!

CAPÍTULO X

El incendio

John, los dos cazadores y los hijos del coronel se precipitaron fuera del gabinete, presa de una viva emoción, porque no esperaban que la aparición de los indios fuera tan inmediata.

Los negros y los mestizos, guiados por el intendente, que ya había levantado el puente y cerrado las puertas, habían acudido a la empalizada, como primer reducto para la defensa de la finca.

Iban todos armados de magníficas carabinas, pistolas y hachas, y parecían decididos a oponer una valerosa resistencia, sabiendo, como sabían, que los guerreros de *Caldera Negra* no concedían gracia ni cuartel a los vencidos.

Dos centinelas habían hecho fuego hacia el bosque donde se habían mostrado varios *pieles rojas*, primeras avanzadas, sin duda, del enemigo.

El *indian-agent* dijo a Devandel cuando vió lo que ocurría:

—Esos son exploradores. Durante el día no darán el ataque esos perros. Por ahora se contentarán con cebar sus iras en el ganado de la hacienda.

—Mil cabezas más o menos, no me importan—contestó el joven.

—Vuestro padre es bastante rico para reponerlas.

—No digo que no, John. Además, me he acostumbrado a esa pérdida, que parecía segura desde la declaración de guerra de las tres naciones. Me hubiera sido imposible salvar ese ganado a través de la pradera, infestada de *pieles rojas*. Pero ¿se contentarán con llevarse los animales?

—No, señor Devandel—respondió el *indian-agent*—. Preferirán nuestra cabellera: yo os lo aseguro.

—Pues se quedarán sin ellas.

—No conocéis el odio de los *sioux*, o mejor dicho, del que los guía, de... Darán a la finca un ataque desesperado, y no retrocederán mientras no os capturen a vos y a vuestra hermana.

—¿Tanto nos aborrecen?

—Sois los hijos del coronel Devandel, el más acérrimo enemigo de la raza roja, y además... Hay otras razones que ahora no puedo deciros. Cuando vuestro padre me ha mandado aquí...

—¿Y son muchos los indios?

—Dos tribus unidas. Tendremos mucho que hacer para desembarazarnos de ellos. Veinte hombres solos para defender la hacienda no son muchos, por cierto.

—¿Qué me aconsejáis hacer, señor John?

El *indian-agent* no respondió. Con los ojos fijos en la empalizada, miraba las plantaciones de algodón.

—Señor Devandel—dijo de pronto—¿qué hacen aquellos hombres con las semillas de algodón?

—Extraen el aceite para alimentar las estufas.

—¿Tenéis buena provisión?

—Muchos barriles.

—¿Hay en la hacienda grandes calderos?

—Sí.

—Pues haced que los dispongan todos para calentar el aceite.

El hijo del coronel le miró con estupor.

—¿Qué intentáis hacer, John?

—Ese aceite hirviendo servirá para desollar las espaldas a los *arrapahoes* y a los *sioux*. Dad en seguida las órdenes, señor Devandel. Sólo faltan dos horas para que llegue la noche, y en cuanto esté oscuro nos atacarán.

Volvió luego hacia los dos cazadores, que hablaban con Mary, y les preguntó:

—¿Y Minnehaha?

Los interpelados no vieron por allí a la india.

—¿Se habrá escapado esa maldita?—gritó Harris.

Los dos hermanos la gritaron por todas partes, sin lograr descubrir a la hija de Jalta.

—¿Y qué podéis temer por parte de esa muchacha?

—Vos no la conocéis, señor Devandel—contestó John.

—De seguro—dijo Harris—que ha saltado la empalizada y se ha dejado caer al foso.

—¡Peor para ella!—dijo Jorge—. ¡Así recibirá un baño de aceite hirviendo!

Todo el mundo se preparó a la defensa, obedeciendo las órdenes de John y de Devandel.

Multitud de fogatas ardían dentro de la empalizada, y sobre ellas borbotaban, lanzando un

humo insufrible, grandes calderas llenas de aceite de algodón. Algunos negros cuidaban el fuego y movían el aceite con grandes cazos de largo rabo.

Los demás negros y mestizos, repartidos por la empalizada, daban muestras de bélico ardor por defender su cabellera y su vida.

Otros varios grupos de indios aparecieron por las cercanías, caracoleando insolentemente y amenazando con los fusiles y las lanzas, mientras llegaba el momento del ataque.

John dispuso que no se les hiciera fuego, porque, como estaban a mucha distancia, se hubieran perdido los proyectiles.

Durante el día nada ocurrió de extraordinario, salvo algún disparo que otro; pero cuando comenzó a ponerse el sol, los sitiados vieron con espanto que todos los alrededores se cubrían de jinetes indios.

—¡Cuernos de demonio!—dijo John—. ¡Lo menos son quinientos! ¡Ese maldito *Caldera Negra* ha hecho venir a *Mano Izquierda*, otro de los jefes de los *arrapahoes*!

—¿No ves también a los *sioux* de Jalta, John?—preguntó Harris.

—¡Ya lo creo! ¡No soy ciego!

—¡Van a dar un ataque terrible!—dijo, suspirando, el hijo del coronel—. No lo temo por mí, sino por Mary.

—Señor Devandel, no estamos todavía en las manos de esos perros. Son muchos, demasiados; pero les haremos retroceder. La empalizada es sólida y muy alta, el foso, profundo, y hasta la casa podría convertirse en una fortaleza que nos defendiera de esos malditos.

—Desgraciadamente, John, es toda de madera, y de la más inflamable, pues procede de los pinos.

—Entonces, señor Devandel, estamos como sobre un polvorín. Si esos perros la prenden fuego, moriremos asados.

—No me parece, señores, que la intención de los indios sea quemarnos vivos—dijo Harris—. Ya recordaréis, John, que el *Pájaro de la Noche*

(Continuará en el próximo número.)



CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



CONTINUACION

AQUEL HOMBRE
CON ASPECTO DE SABIO Y BARBAS
DE ESTOPA SE DURMIÓ SOBRE EL VO-
LUMINOSO LIBRO DONDE ESTUDIA-
BA



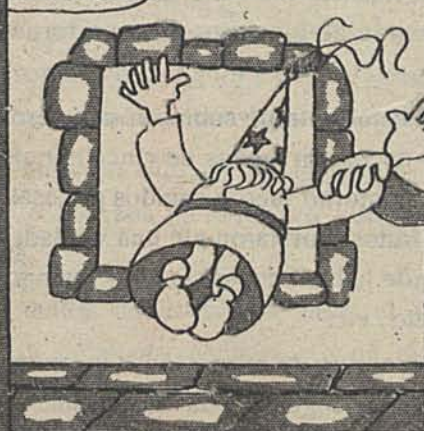
CIRCUNSTANCIA QUE APROVECHA-
RON CHUFITA Y PERICUELO PARA
ACERCARSE CON EL BARRILEN QUE
ESTABAN ESCONDIDOS



Y PARA APODERARSE DE AQUEL LI-
BRO QUE DEBIA DE ENCERRAR
MARAVILLOSOS SECRETOS



CUANDO EL MAGO DESPERTÓ Y SE VIÓ
SIN SU LIBRO QUISO TIRARSE POR UNA
VENTANA, PERO UNA ROBUSTA MANO
LO IMPIDIO



¿QUÉ IBAS A HACER, DESGRACIADO? - PRE-
GUNTÓ CUCALÓN, QUE ERA EL QUE LO HA-
BIA SUJETADO.

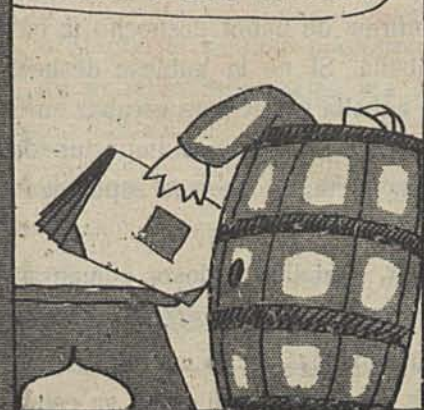
- SUICIDARME - DIJO EL MAGO - ME HAN
ROBADO EL LIBRO DE LAS FÓRMULAS
SECRETAS



- PUES NO TIENES POR QUÉ SUICIDAR-
TE - DIJO CUCALÓN - SE BUSCARÁ EL LIBRO
Y SI NO APARECE, EL QUE TE TIRARÁ
POR LA VENTANA SERÉ YO



PERICUELO AL OIR ESTO SE COM-
PADECIÓ DEL MAGO Y DISIMU-
LADAMENTE VOLVIÓ A DEJAR
EL LIBRO SOBRE LA MESA



Y COMO CUCALÓN TENÍA UNA VIS-
TA DE LINCE VIO A PERICUELO Y
SE DIRIGIÓ A ÉL COMO UNA
FLECHA



Y EN AQUEL MOMENTO UNA MA-
NO MISTERIOSA APAGÓ LA LUZ.
¿Y CHUFITA Y PERICUELO?
¿CAYERON EN PODER DE CUCALÓN?
ESPEREMOS A QUE LA LUZ SE EN-
CIENDA Y VEREMOS LO QUE HA
PASADO



CONTINUARÁ

La isla de los monos

por E. Salgari

(Continuación)

La situación era sumamente cómica, no obstante comencé a inquietarme. ¿Qué sería de mí si a todos aquellos monos les daba la manía por seguirme? Estaba pues perplejo y sin saber qué hacer; no obstante, comprendía que no podía permanecer a perpetuidad a la orilla de aquel lago.

Había ido a aquel lugar para coger alguna caza y no para hacer reír a tantos monos.

Determiné, pues, encaminarme hacia el bosque para buscar algún ciervo o venado. Cargué mi fusil y



comencé a marchar hacia el bosque. Los monos entonces, viéndome mover abrieron el semicírculo y se dispusieron a seguirme yendo paralelamente a mí.

Cada movimiento que yo hacía era imitado al punto. Si yo me paraba se detenían, si me ponía en marcha hacían ellos de súbito otro tanto: recogía una piedra y millares de piedras eran recogidas en seguida.

La cosa comenzaba a ponerse ya sumamente enojosa.

Al fin, pude llegar a la playa, seguido siempre de aquel ejército de rabilargos.

Allí acamparon por millares los cuadrumanos al margen del bosque formando un inmenso cerco en torno a mi cabaña.

Como tenía mucha hambre trepé sobre un cocotero y comencé a coger sus cocos. En menos de cinco minutos todos los árboles del contorno fueron cogidos por asalto y despojados de sus frutos. Formaron allí una verdadera montaña de ellos donde había bananas, cocos, mangos, naranjas, duraznos, etc., etc.

Me puse a comer una nuez de coco y todos los monos me imitaron devorando en seguida toda aquella maravillosa cosecha. En un instante no quedó ni una fruta. ¡Pobre bosque! había quedado destrozado y sin fruta en un momento.

Comencé a arrepentirme de haber deshecho la balsa para construir la cabaña. Si no la hubiese deshecho hubiera aprovechado aquella noche para escapar en ella alejándome de aquellos enojosos monos. Importunado y molesto ya me metí en mi tugurio con la esperanza de verlos marchar aburridos.

Mas aquello fué peor. Aquellos curiosos comenzaron a abrir mil agujeros en las tablas para ver qué hacía yo.

Intenté ahuyentarlos amenazándoles con mi fusil, mas todo en vano. Apenas me metía en mi casita ya estaban



ellos alrededor empujándose contra sus paredes y poniéndola en serio peligro de echarla abajo. El techo quedó descubierto en seguida y cincuenta o más hocicos se asomaron por arriba haciendo todo género de muecas.

Aquello colmó ya mi paciencia. Cogí un palo y comencé a sacudir garrotazos a diestro y siniestro sin piedad machacándoles las costillas a infinidad de mandriles, cercopitecos y gorilas.

La idea no fué del todo mala: al fin aquellos curiosos se retiraron algo dejándome por el momento en paz. Pero el techo había quedado destruido y aquella noche tuve que dormir al sereno.

A la mañana siguiente cuando salí vi con gran asombro que en torno a la mía habían construido los monos millares de cabañas semejantes. Durante la noche los cuadrumanos, celosos de mi vivienda, echaron abajo una gran parte del bosque y con ramas, hojas y espinos se construyeron las suyas.

Comprendí que ya no me vería jamás libre de ellos y figuráos la inquietud que iría apoderándose de mí.

Aquellos cuadrumanos hasta el momento no se habían mostrado contrarios a mi presencia pues si no ya me hubieran hecho pedazos hacía tiempo.

Un par de aquellos mandriles eran suficiente para reducirme a la impotencia y de ellos había lo menos trescientos o cuatrocientos.

No obstante, el sentirse prisionero, o cosa parecida, de aquellos personajes me desagradaba en extremo.

Me parecía como si mi dignidad de hombre se hubiera rebajado hasta caer en el nivel inferior de un bruto.

Me vino de súbito la idea de aprovechar la primea ocasión favorable que pudiera para escaparme pero ¿cómo?

Ya no tenía mi balsa y si hubiese intentado construir otra quién sabe de lo que hubieran sido capaces aquellos monos.

De seguro que también las hubieran construido por centenares y me seguirían hasta por el agua.

Fingí, pues, resignarme a su poco agradable compañía y me dirigí hacia la playa para buscar ostras y mariscos, único alimento que podía ya encontrar pues no habían dejado ni una fruta en el bosque.

¿Queréis creerlo? Apenas me moví vi que el ejército entero se venía tras mí saltando, gesticulando y gritando.

Algunos mandriles, feos como demonios, me rodearon y parecía que intentaban impedir que yo me acercase al mar.

Gritaban desgañitados lanzando gritos estridentes

(Continuad.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



SE ACABARON LOS FUEGOS, CURRINCHE. HE SIDO NOMBRADO SOMBERO HONORARIO DEL DISTRITO



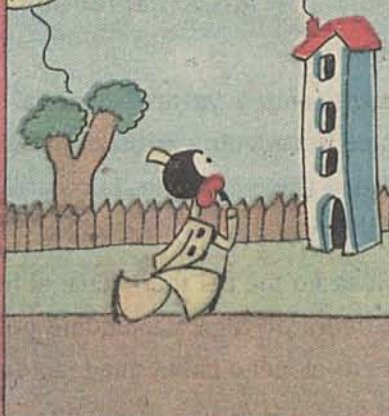
YA SABE QUE SI ME NECESITA LE AYUDARÉ CON MUCHÍSIMO GUSTO

DESDE ESTE MOMENTO QUEDAS NOMBRADO INSPECTOR GENERAL DE FUEGOS



ES UN NOMBRAMIENTO ACERTADÍSIMO

NO SÉ; NO SÉ, PERO AQUEL HUMO ME ESTÁ ESCAMANDO MUCHÍSIMO.



OISA, DON TURU. AQUÍ EL INSPECTOR GENERAL DE FUEGOS. ACUDA INMEDIATAMENTE QUE SE VA A DECLEARAR UN INCENDIO HORRIBLE



¡PASO! ¡PASO LIBRE A LOS SOMBEROS! ¡FUERA TODO EL MUNDO!



¡A VER, SEÑOR INSPECTOR! ¿DÓNDE ESTÁ EL FUEGO?



ALLÍ, METIDO EN AQUELLA CHIMENEA. MIRE QUE HUMO SALE



A MÍ CON HUMOS ¿EH?

¡DURO CON ELLA DON TURULATO!



VÁMONOS CON LA MÚSICA A OTRAPARTIDA. QUE ESTO SE ACABÓ

ES USTED UN TÍO APAGANDO FUEGOS





CHACOLÍN Y SUS



ARUELLO. NOS VAMOS A JUGAR AL PISO DE ARRIBA.



IR DONDE QUERÁIS PERO DEJARME LEER TRANQUILLO ESTA NOVELA QUE ES MUY INTERESANTE

VAMOS A JUGAR DENTRO DEL BAÑO A LOS PIRATAS

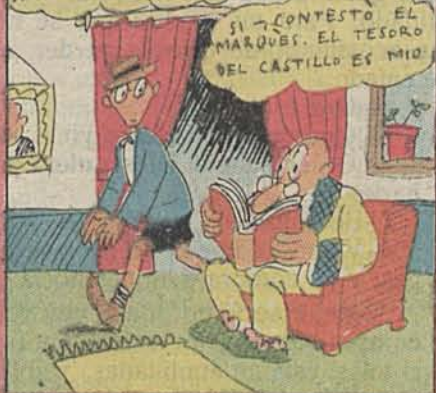


YO ME VOY. ESTÁIS LLENANDO DE AGUA TODA LA CASA



TU SIEMPRE TAN SERIO

CHACOLÍN Y SUS AMIGOS ESTÁN ARMANDO UN ESTROFICIO ARRIBA



SI CONTESTO EL MARQUE. EL TESORO DEL CASTILLO ES MIO



RASS



PLAFF



¡SÁLYESE EL QUE PUEDA!



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS



DEDRO y Juan eran hermanos, más con suerte tan distinta, que mientras al primero todo le salía bien, el segundo, en cambio, no ponía la mano en nada que no le saliera mal.

Por salirle mal, hasta le salieron torcidos los dientes, y le salió el sarampión y las viruelas, y le salían falsas todas las monedas que le daban.

Tropezaba al salir fuera de casa, y como hubiera en el pueblo alguna teja mal puesta, no caía la endiabiada hasta que Juan estaba debajo.

Como a algún muchacho se le escapara la honda, ya se sabía dónde iba a dar la piedra: a las espaldas de Juan.

Si le invitaban a beber vino, en su vaso se encontraba el único mosquito que anduviera por la comarca.

De noche se parecía a todos los que esperaban para molerlos a palos, así tenía el pobre brumadas las costillas, y cuando se deshacía el error tenía más chichones y cardenales que granos de alpiste dan por cinco duros.

Caballo que compraba, aunque estuviera más sano que recién nacido, en cuanto él lo cogía sacaba más faltas que una pelota.

Secábanse sus campos aunque lloviera a chorros, y, en una palabra, era tan negra su suerte, que no encontraba medio de poder remediarla.

Compadecido Pedro de las desdichas de su hermano Juan, trató de ayudarle, y al efecto le invitó a que emprendieran un negocio juntos.

Fué este la venta de guantes en una feria próxima.

—Mira—dijo Juan—que como yo venda guantes se va a quedar toda la gente sin manos en que gastarlos.

—No seas caviloso—contestó Pedro—, porque si se quedan sin manos, en vez de guantes venderás calcetines.

—¡Dios me libre!—exclamó asustado Juan—. ¿Quieres ver cojos a todos los hombres que concurran a la feria?

—Pero, hombre, ¿por qué tienes esa manía?

—Por nada. Ya sabes que hasta ahora no me ha salido nada bien.

—Ya te saldrá.

—Lo que me saldrá serán callos o sabañones, para tener con qué entretenerme.

—¡Quién sabe si ganarás con este negociol!

—No hay cuidado. Para mí parece que se hizo aquello de: «Tan acostumbrado estoy a perder, que cuando gano me enfado.»

—¡Qué tontería!

—¡Qué desgracia!, digo yo.

—¡Quién sabe si Dios quiera probarte!

—Bendito sea.

—Vamos; dame el dinero que tengas, y yo compraré la mercancía.

—Mejor será, porque si voy yo, si compro bacalao, me saldrá podrido; si telas, estarán apolilladas, y si loza y cristal, al primer paso que dé las romperé, sin la menor duda. Toma toma mi dinero, y quiera Dios que no te pegue mi mala suerte.

—Déjate de malos augurios.

—¡Dios haga que no se realicen!

Por fin compraron una partida de guantes, la distribuyeron por mitad entre los dos, y cada cual se fué a un pueblo distinto.

Al llegar Juan al suyo y desembalar los paquetes se encontró con que todos los guantes que traía eran de la mano derecha; los de la izquierda se los había llevado, por equivocación, su hermano Pedro.

Abrió su tienda, sin embargo; pero los compradores, creyendo que se burlaba de ellos, le pusieron la piel del color del terciopelo negro a puros estacazos.

De pena le dió un dolor de muelas tan horrible, que tuvo que ir a casa del dentista, y su desgracia le llevó al peor, que casi no ejercía por estar medio ciego.

Trincó el buen hombre a nuestro Juan, y viendo que la muela no salía a tres tirones, le puso el pie al pescuezo, y después de hacerle sufrir lo indecible, logró por fin sacar la única muela sana que el pobre





tenía en la boca. Cuando pudo volver a su pueblo se decía por el camino:

—Yo no he vendido ni un guante; pero mi hermano tampoco habrá hecho buen negocio.

Pero se equivocaba; el afortunado Pedro, en cuanto se enteró de la equivocación padecida, hizo correr por el pueblo la noticia de que ya no se gastaba más que un guante, el de la mano izquierda, y vendió todos los que llevaba en muy poco tiempo.

Cuando se enteró de la desgracia de su hermano, cogió los de la mano derecha, y volviendo a la feria, hizo correr la voz de que ya se gastaban los dos guantes, y, como es natural, cuantos habían comprado el izquierdo vinieron por la pareja.

Tal despecho causó a Juan lo sucedido, que no quiso tomar la más pequeña ganancia; pero su hermano, deseando ayudarle, hizo que una persona de su confianza colocara un bolsillo lleno de dinero en un puente por donde había de pasar Juan al amanecer.

Así se hizo; pero el desgraciado, cuando iba a entrar en el puente, dijo:

—Voy a ver cómo pueden los ciegos marchar a tientas por este trozo tan difícil.

Y cerrando los ojos, pasó el puente sin ver el repleto bolsillo, que casi le rozó los pies.

Cuando supo al día siguiente hasta dónde había llegado su desgracia, se tiró de los pocos pelos que le quedaban y se quedó sin ellos.

Entonces comenzó a pensar qué camino seguiría para ganarse la vida.

—Si me meto a sombrero—decía el infeliz—, van a nacer los chicos sin cabeza; si a zapatero, todo el mundo va a ir descalzo, y si a sastre, todo el mundo va a ir en paños menores, con riesgo de pescar un constipado. Pues, señor, como no me meta a buey, no sé qué oficio tomar.

Se hallaba en esta tribulación, cuando se le apareció un ángel que le dijo:

—Juan, tus penas han tenido fin; han sido pruebas que Dios te ha impuesto para que demuestres tu resignación. Alégrate, que cuanto has sufrido te ha de ser recompensado con exceso.

Y dicho esto con celestial sonrisa, el ángel se desvaneció, dejando un delicioso perfume desconocido en la tierra.

Juan creyó que

soñaba, y medio atontado por la impresión salió al patio de su casa y se apoyó sobre una piedra saliente.

Cedió ésta al peso de su cuerpo, y cayó detrás un chorro de monedas de oro.

Era un antiguo escondite, donde hacía mucho tiempo habían guardado una fortuna.

Desde entonces todo le sonrió y le salió a las mil maravillas. En cuanto ponía mano, otro tanto era negocio seguro.

Compró una partida de bacalao, y la gente se aficionó a él de tal manera, que en aquel pueblo todos los días eran de vigilia, alcanzando tal precio, que duplicó su capital.

Adquirió luego una gran partida de pitos, y fué tal la afición que se despertó en el pueblo, que desde el alcalde hasta el último chiquillo todos iban pitando por la alle.

En aquel pueblo no se gastaban pañuelos; mas apenas compró Juan una partida de ellos, les dió a todos un catarro tan fuerte, que no les bastaban pañuelos para sonarse.

Puso una cristalería, con tal acierto, que el mismo día en que la abrió, una terrible granizada dejó sin cristales al pueblo, y ganó un dineral reponiéndolos.

Como vendiera paraguas, lluvia segura; si sombrillas, un sol abrasador; si abanicos un calor sofocante, y si comestibles, hambre terrible.

Cuando vió llenas sus arcas, atestadas sus trojes y feliz a su familia, bendijo Juan a Dios, que da los bienes y los quita.

Su hermano Pedro, después de muchos años de buena suerte, cayó en desgracia y perdió cuanto tenía.

Entonces el buen Juan tuvo ocasión de devolverle sus beneficios centuplicados, y recordándole sus antiguos años de fortuna, le decía:

—Hasta el fin nadie es dichoso ni desgraciado. Dios da las penas y las alegrías, y por todo hay que darle gracias, porque las primeras ponen a prueba nuestra resignación, y las segundas son un anticipo de la gloria eterna.



FIN



Un castigo indio

Con motivo de las revueltas indias se producen casos de verdadero interés y curiosidad.

Un indio llamado Hattar, rico comerciante de la tribu de los Sikhs se pronunció en favor de la dominación inglesa.

Los de su raza lo boicotearon y le hicieron la existencia imposible.

Al fin Hattar tuvo que solicitar su perdón, que le fué concedido a cambio de las penalidades siguientes:

Durante cinco días, leer desde la primera a la última línea del libro sagrado de Assardívar y durante el mismo tiempo fregar el piso del templo con sus vestiduras más ricas.

Durante ese tiempo de cinco días encerrar las suelas de los zapatos de todos los fieles que acudiesen a visitar el templo y leer diariamente en público su condena.

Efectuar con los pies desnudos un viaje entre las ciudades santas de Andrissar y de Nankana y depositar en el templo de esta última ciudad una ofrenda de 15.000 francos.

El castigo es como para emigrar de la India.

Una montaña de polvo dentífrico

América es el país que ofrece mayor número de cosas curiosas.

Y, entre ellas, es ciertamente muy original la existencia de una montaña de polvo dentífrico.

Esta montaña se encuentra cerca de las minas de Comstock en el Arizona. Los mineros habían notado hace ya tiempo que las piedras de esta montaña se pulverizaban con gran facilidad y que frotando los dientes con este polvo se les daba una blancura impecable.

Y como consecuencia una mujer adinerada, Miss Josefina Robinson, ha comprado la montaña y obtiene de ella un gran rendimiento vendiendo los excelentes polvos dentífricos que de ella se extraen.

Perros y gatos ejecutados

En Inglaterra abundan los gatos errantes, mucho más que los perros.

Durante los últimos doce años fueron remitidos a la Sociedad protectora de animales para su destrucción 437.429 gatos y 31.218 perros.

La ejecución de estos animales ha sido presenciada por un miembro femenino de la indicada Sociedad.

A los gatos y perros condenados a muerte se les coloca un collar de hierro que está unido a un hilo eléctrico por el que pasa una corriente de alta tensión.

Oprimiendo un botón los animales mueren instantáneamente sin el menor sufrimiento.

Un barco movido por el viento

No se trata de un barco de vela sino de un barco con motores que mueve el viento.

M. Flettner ha realizado un medio de propulsión original.

Inspirándose en un principio descubierto en 1853, por un sabio alemán, según el cual la fuerza del viento actúa con más intensidad sobre cilindros giratorios que sobre la superficie inmóvil de las velas, M. Flettner construyó un buque de 60 toneladas provisto de dos torres cilíndricas giratorias de 20 metros de altura por 3 de diámetro. Estas dos torres, al girar ponen en movimiento un motor.

Las experiencias de M. Flettner se efectuaron en Kiel y tuvieron un resultado excelente. Este modo de propulsión es muy económico porque no exige para la maniobra más que un solo hombre.

El oso fotógrafo

Tres estudiantes americanos acampaban en la región salvaje de Allegani. Uno de ellos estaba preparando su máquina de fotografía para hacer un retrato a sus camaradas y se disponía a colocar la máquina sobre un tronco de árbol cuando de pronto apareció detrás de él un oso de enormes proporciones.

Los tres estudiantes a la vista del peligroso inoportuno echaron a correr con toda la velocidad que sus piernas les permitieron.

Dos días después acompañados de varios indígenas volvieron al lugar donde se había desarrollado esta escena.

El aparato fotográfico estaba en tierra, intacto. Su dueño tuvo la curiosidad de revelar la placa que estaba puesta a punto de impresionarse cuando apareció el oso y su estupor fué inmenso cuando el baño revelador descubrió en el cliché con una limpieza perfecta la figura de los tres estudiantes huyendo como alma que lleva el diablo.

La explicación de este hecho consiste en que el oso se apoyó sobre la máquina y oprimió inconscientemente el botón del disparador y la placa se impresionó.

Los nombres de los chinos

Los chinos tienen ideas muy originales para bautizar a sus recién nacidos.

Primeramente los designan simplemente con un número: el uno, el dos el tres, etc.

A los seis años y con relación a las aptitudes o aficiones que demuestre la criatura se le bautiza con otro nombre, no menos original que el primero: «Escritura elegante», «Mérito naciente», «Talento claro», etc.

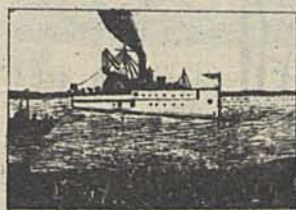
Y no hemos acabado aún de bautizar a los chinos. Cuando se casa se le bautiza nuevamente, cuando terminan una carrera reciben otro y, por último, al morir, se les bautiza con el nombre definitivo.

Las mujeres solteras tienen nombres tan bonitos como: «Piedra preciosa», «Rosa viviente», «Luz del día», etc. y cuando se casan lo cambian por otros no menos poéticos: «Luna plateada», «Perfume suave», «Flor de jazmín», etc. ¡Qué lástima que estos nombres tan bonitos sean tan largos!

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

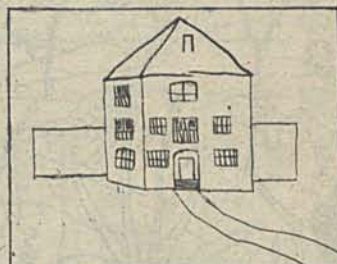
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Vapor.—José Galdona



Miríñaque
Julia Donday



La casa de Pinocho
Juanito de la Serna



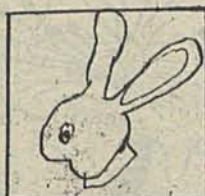
Un moro
T. B. de Zárate



Nandu
José Galdona



Bailarín ruso
Una argentinita



Mi conejito Fifi
Marisa Alarte



Niña cursi
Purita Hergueta



El camino. Daniel Sánchez



Don Ataulfo
Pilarín Prósper



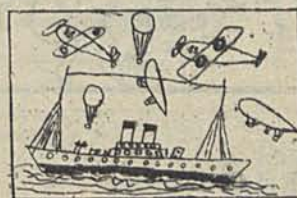
Currinche
Paco Pino



Dos barcos.—Ramón Andrada



Un faro
G. López



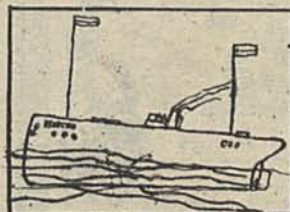
Un barco.—Pedro Arellano



Una niña
M. de la Vega



Mi prima Marichu
Carmen Ballester



Un buque mercante
José M.ª Álvarez Cascos



Avión de caza.—José Martínez



Mi auto.—Alejandro Morán



Mi cocinero
María Sesma



Zorrillo
José Cotallo



Pirula
Carmina Iruceta



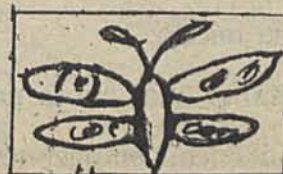
Mi lechero
A. San Miguel



Un sabio doctor
J. M. G. Rodríguez



Caricatura
A. M. Valentín



Mariposa.—Ester Sales



Mi hermana
T. Salvador

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS TRES PAJAROS



En un bosque
cantaban tres
pájaros.

Cantaban ma-
ravillosamente....

Y era tan atra-
yente su canto
que, oyéndolos,
daban ganas de
cogerlos

Pero nunca se
sabía dónde esta-
ban los tres pá-
jaros.

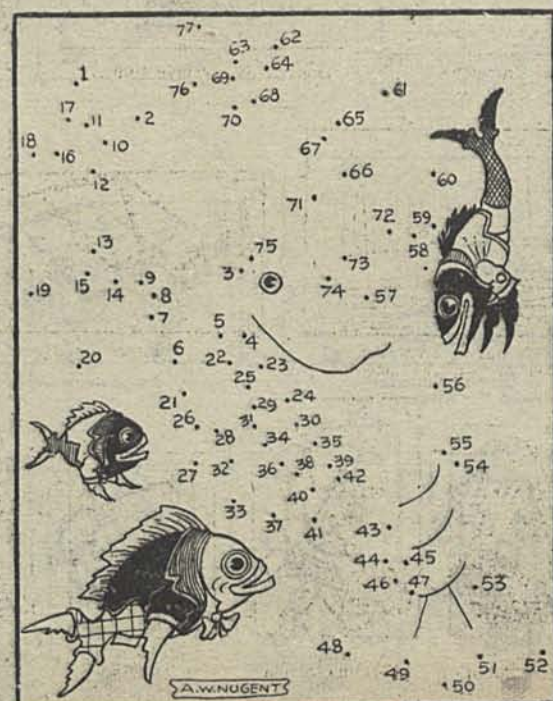
¿Véis vosotros
dónde están?

EL ASOMBRO DE LOS PECES

Nadaban tres peces por las clarísimas aguas de una verde laguna cuando de repente sus ojos vieron algo que les heló la sangre y les llenó el corazón de zozobra.

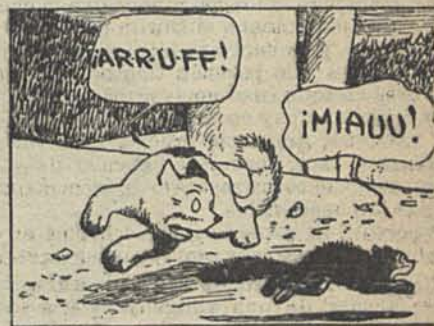
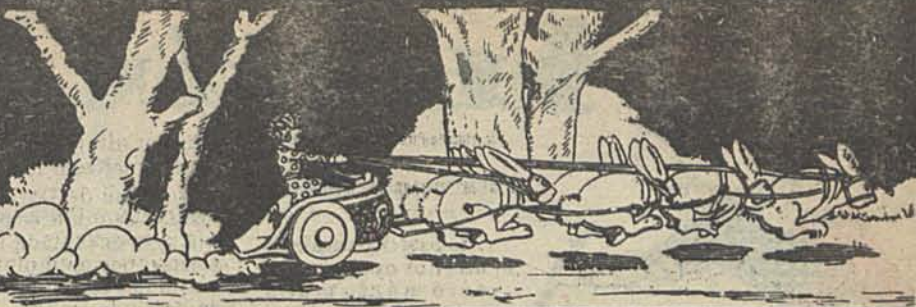
Uno de ellos, que era colorado, palideció y sintió dentro de su cuerpo esa emoción tan característica que produce el miedo.

Para saber cuál era la causa de todo, unid los números con líneas empezando por el 1 y siguiendo un orden riguroso.



ANITA

BUEN- CORAZON



Sección Pirula

Charlas de Pirula... repostera

Los merengues multicolores



Cuando respiráis una flor os gusta que esté perfumada ¿verdad? Y si os sentáis en una butaca os gusta que sea cómoda ¿no? (claro que por «cómoda» quiero decir que tenga comodidad y no que sea a la vez butaca y mueble de esos de cajones que llaman cómodas y, por cierto, son bastante incómodos.

Y si os sentáis a la mesa ¿os gustará sin duda que la comida sea buena?

Pues bien, a Dorita no le pasa lo mismo.

En lo de la flor y la butaca, puede que sí; pero en lo de la comida, para ella lo principal es que sea... ¡bonita!

Como dice muy bien su mamá, Dorita come con los ojos más que con la boca. En cuanto vé algo bonito le dan tentaciones de probarlo. No digo que esto le suceda con las cosas bonitas, ni con los bonitos automóviles; pero sí, por ejemplo, con las pinturas a la acuarela que le han regalado a su hermano Pochi, que es tan aficionado a embadurnar con mil colores todos los «monos» que caen a su alcance.

Afortunadamente, si Dorita come con los ojos, piensa con la cabeza, y su cabecita la dice que esas pastillas de todos los colores que parecen bombones, pueden ser, sino peligrosas en todo caso nocivas para la salud por más que un papelito que hay en la caja, asegure que son inofensivas.

Otra cosa que atrae mucho la atención de Dorita son los jabones, esos hermosos jabones de tocador brillantes y olorosos, de color rosa, verde o crema, que deben de saber a las mil maravillas.

Pero aquí lo que le impide echarles el diente es su memoria; no tiene más que recordar aquella aventura...

Figuráos que Dorita había ido a almorzar a casa de una amiga suya y a los postres se le sirvió un trozo de queso de Gruyere; y cuando mordió en él ¡horror! tuvo que escupirlo a escape: el queso era áspero, amargo, picante; como que no era sino un queso de pega hecho con jabón, que le habían servido para gastarle una broma porque aquel día era el de los Santos Inocentes.

Así fué cómo, sin querer, Dorita probó el jabón y la prueba fué suficiente para quitarle las ganas de repetirla.

Pero esto no la impide preferir siempre las cosas bonitas a las otras, por muy sabrosas que estas sean.

Por ejemplo, casi hay que obligarla a comer espinacas o puré de lentejas, porque serán muy sanas y muy nutritivas, pero son bastante poco atractivas a la vista. Por eso tampoco le hace mucha gracia el chocolate; le encuentra un color «feo». En cambio, las frutas escarchadas son su debilidad: ¡son tan bonitas!

Y cuando va a la pastelería y se halla en ese momento delicioso y torturador de «elegir» un pastel, su elección es rapidísima: ella no los mide con la mirada para coger el más grande; ni pregunta de qué es la crema de este, ni lo que contiene aquel. No; elige siempre los más bonitos.

Y los más bonitos suelen ser las tartitas de frutas, que tienen tres uvas o cuatro fresas, o media docena de rajitas de

plátano en almibar; y los de bizcocho que tienen encima unas cerecitas o los que presentan una pirámide de nata.

La mamá de Dorita está satisfecha de su nueva cocinera porque, según dice mamá: «Jesusa guisa bien». Pero Dorita está más encantada todavía, porque Jesusa «hace cosas preciosas»; por ejemplo, nadie la gana en el arte de adornar la ensalada rusa, combinando las alcaparras y las zanahorias, las hojas de lechuga y los pepinillos, sobre la mayonesa que cubre la salsa, de tal modo que «da pena empezarla».

Gustándole tanto a Dorita la comida «bonita» ¿qué dirá cuando vea mis merengues multicolores? Porque estos merengues (cuya receta os voy a dar tienen la ventaja de que son admirables lo mismo para comidos con los ojos que con la boca. No les pasa lo que al chocolate que sabe tan rico pero no es muy hermoso que digamos; ni a lo que el jabón de tocador que es tan bonito y luego... bueno, si queréis saber el gusto que tiene preguntádselo a Dorita.

Y vamos ya con mis merengues:

Se pican, muy menudos, por separado, diferentes trozos de frutas escarchadas: cerezas, naranja, batata, etc. y pistache, que es como sin duda no ignoráis, cierta almendra de precioso color verde, que se utiliza mucho en repostería, también se prepara un poco de chocolate rallado y de canela molida. Se batan a punto de nieve, hasta que tengan bastante consistencia, unas claras de huevo y se les echa azúcar en gran cantidad. Sobre una placa de hierro cubierta con un papel, previamente untado de aceite o de mantequilla, se coloca la clara de huevo batida, formando montoncitos; unos se espolvorean con la naranja escarchada, otros con las cerezas, otros con el chocolate o el pistache, etc. Se mete la placa en el horno con la lumbre muy suave y se deja hasta que los merengues se endurezcan algo por fuera. Entonces se sacan y se despegan del papel con la punta del cuchillo.

Para que los merengues multicolores resulten doblemente bonitos y doblemente sabrosos, se pueden pegar, de dos en dos, con un poco de nata, de crema o de mermelada.



GALINDO 31